

PRIMER VIAJE DE D. MIGUEL DE UNAMUNO A LAS PALMAS

Arribó, por primera vez, D. Miguel de Unamuno a Canarias, en 1910, como mantenedor de los Juegos Florales en la ciudad de Las Palmas. Sus propósitos, en esta visita, quedarían largamente reflejados, posteriormente, en el prólogo del libro "El lino de los sueños" de Alonso Quesada. Textualmente diría el maestro: "No creo en eficacia alguna de semejante fiesta, sino que es, más bien, una profanación de la pura y libre poesía, y que he acudido a ella casi siempre con el deliberado propósito de alterar su índole y aprovecharla para otros fines; fui a los Juegos Florales de esa capital a decir lo que bien me pareciera, y, sobre todo, a conocer aquello y a los espíritus que allí, en aquel **a-islamiento** alientan y ansían". Y, así, sucedió. Su paso por nuestra ciudad, además de convertirse en un emotivo y personal conocimiento del alma y paisaje canario, fue una auténtica "sacudida espiritual" para toda la "modorra envolvente" que asfixiaba, en aquellos momentos, a nuestro pueblo.

Referente a la primera apreciación, hay que destacar que el exotismo y belleza del entorno impactaron inmediatamente al inquieto visitante. La descripción que hace del paisaje canario tiene un doble valor: geográfico y literario. La técnica que emplea no es ni minuciosa ni fría, tan propia de los escritores realistas, por el contrario, él interpreta el paisaje dejándose llevar por un sentimiento cordial y estético. En un apartado, al respecto, nos dice: "Yo no he encontrado todavía paisaje feo, ni comprendo que se confunda lo triste con lo feo. Hay tierras tristes, trístimas, desoladas, saháricas, esteparias, pero, muy hermosas, solemnemente hermosas...".

Sobre el pueblecito de Teror manifiesta que le recuerda a algunos del Miño portugués, por su singular sosiego. Y ante el frondísimo castañar de Osorio viene a su encuentro el recuerdo de su tierra vasca.

De Tejeda, una de las dos grandes calderas volcánicas de la isla, nos dice lo siguiente: el espectáculo de ésta le parece impresionante, tanto su camino lleno de castaños y nogales frondosos como las calcinas vertientes y rocas volcánicas donde prende la tabaiba. En las negras murallas de la caldera, con sus crestas, que parecen almenadas y sus roques enhiestos hacen que el autor las vea como una fantástica visión dantesca. Todo lo ve como una gran conmoción de las entrañas de la tierra, como una tempestad de fuego y lava, llegando incluso a compararlas con las gigantescas y míticas calderas del Infierno.

Otro hecho que le llamó fuertemente la atención fue el poder divisar, desde Las Palmas, la isla hermana. Nos la describe así: "Y allá lejos, por encima

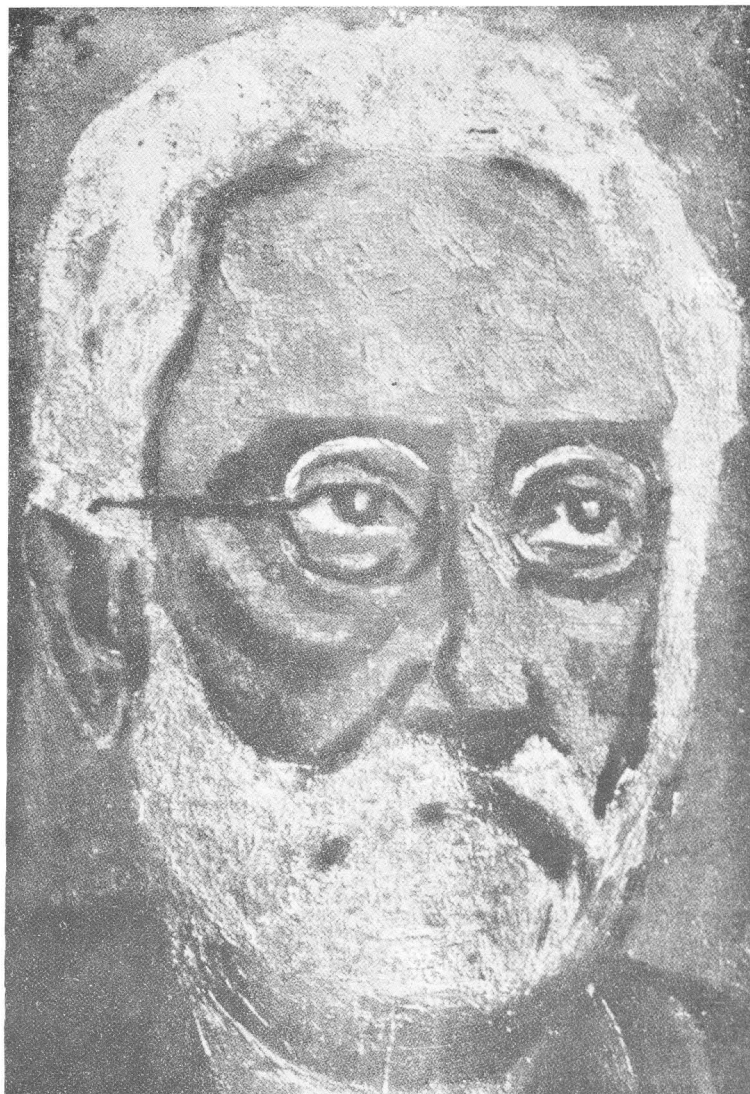
de las crestas en que se yerguen adustos, negros y encrespados los roques, se alzaba sobre el mar, no ya del agua, sino de la niebla, la isla de Tenerife, cual visión celeste, y dominándola el gigante atalaya de España, el pico Teide.

Si en la visión de nuestro paisaje fue de sorpresa en sorpresa más llamará, aún, su atención, la falta constante del agua. El asomarse a un barranco y no ver agua en el fondo de él, era para Unamuno algo inconcebible. Le extrañaba como era embalsada cuidadosamente por el hombre así como su correr por los canalillos de las acequias. En suma, el no ver un río le desconcertaba. En una cita sobre el particular nos comenta: "agua aquí y allí sí, pero un río, un verdadero río rumoroso, con sus cascadas, sus colas de caballo, sus remansos, sus rápidos, esto no se ve". Gran tristeza le causó el lecho pedregoso del Guinguada, seco comple-

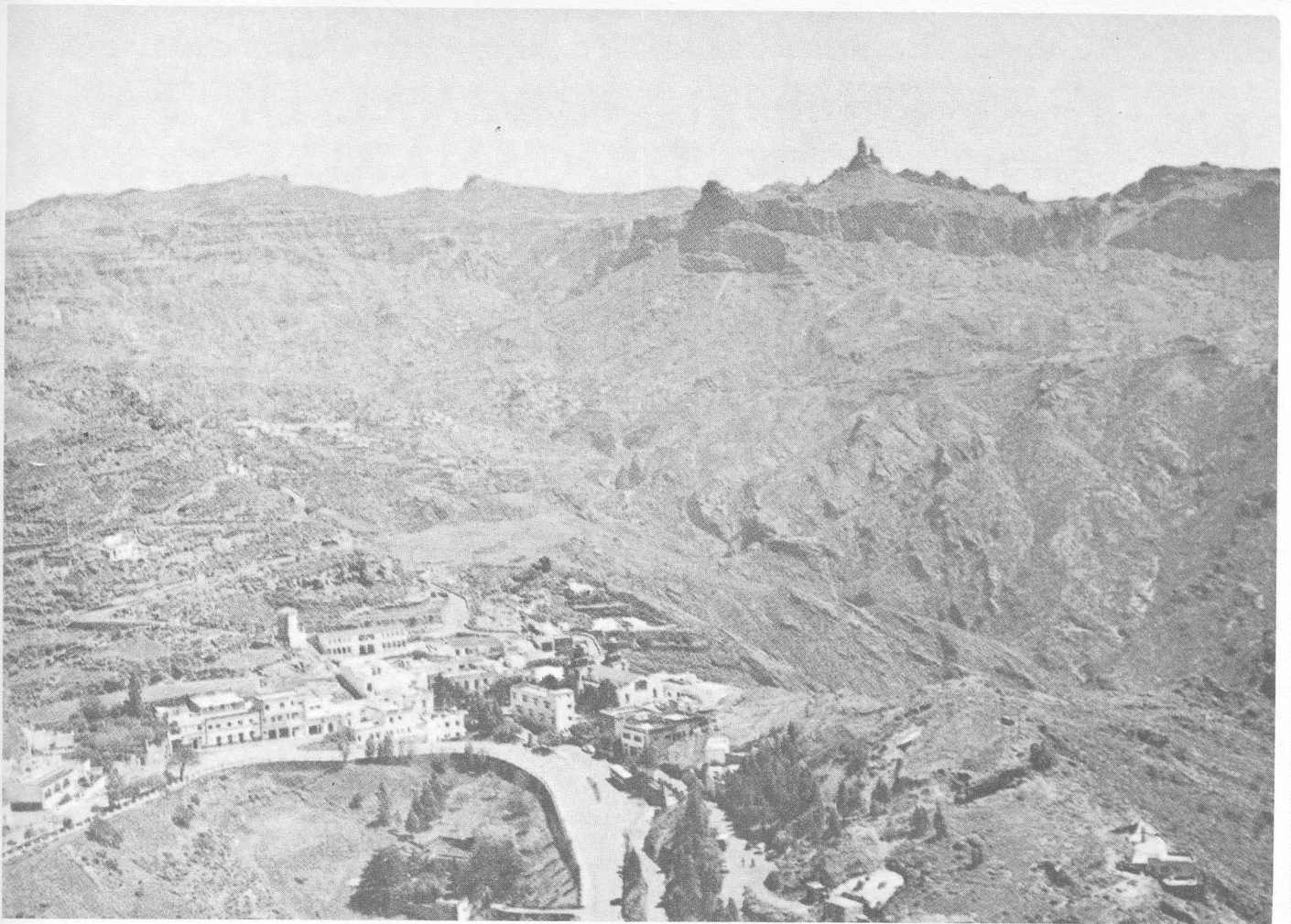
tamente en esta época del año en que nos visitó.

Acerca de Artenara resalta sus "famosas cuevas" colgadas de los derrumbaderos sobre el abismo. De las habitadas por los vecinos del pueblo, piensa que algunas sirvieron de guarida a los guanches, como efectivamente así fue. La descripción que hace de ellas es la siguiente: "En estas cuevas muéstrase el atavío todo de una casa campesina; la vajilla en exposición, las paredes cubiertas de oleografías de santos o retratos de bellezas profesionales, el Cristo en talla de madera, fotografías de ausentes, y sobre las cómodas y armarios, juguetillos y baratos bibelotes de todas clases". Este contorno lo definió como: "entrañable retiro de abruptas soledades".

Por último, hay que reseñar su particular visión sobre Los Tilos (Tiles). Nos habla de su frondosidad y de su arroyo



◉ Don Miguel de Unamuno



Panorámica de Artenara famosa por sus cuevas

que le causa inmensa alegría. Para él, Los Tilos, eran un "aislamiento dentro del mismo aislamiento de la isla". Admira su belleza, su frescura; se le asemejan a una vasta catedral viviente, con sus miles de columnas y su bóveda de follaje.

En lo referente al clima canario, le entusiasma "la eterna primavera" en que se encuentra siempre la isla. Pero no está de acuerdo con los que opinan que este clima es el causante del llamado "aplatamiento de los nativos"; él cree que esta manera tan peculiar del hombre canario no depende del clima material o físico sino más bien del clima moral, del "estado de los espíritus". Él afirma: "este aplanamiento se curaría si hubiera comunicaciones más rápidas, más frecuentes y más intensas, tanto con España como con el resto de Europa y con América.

Este rápido pasar, por los recuerdos de esta primera visita de D. Miguel, quedaría incompleto si no nos detuviésemos, brevemente, en su pasaje político. Claramente dejó expuestos sus pensamientos al respecto en sus dos sonados discursos pronunciados en Las Palmas (el de los Juegos Florales, 25 de Junio, y el del mitin republicano, 6 de Julio). Aireó el concepto de patria y de patriotismo, oponiendo su sentido integrador, como programa de vida, como ideal colectivo, como idea universal, histórica, eterna, como modo de sentir

la vida ante otros pueblos, frente a los localismos, a los odios y luchas de localidades en que habíamos caído. Resultaron estas palabras de nuestro visitante "puertas abiertas", para las conciencias canarias, hacia una comprensión de los grandes problemas nacionales y mundiales, "umbrales", que estaban cerrados por el aislamiento y por los ya citados absurdos localismos que como bien diría, se reducían a "simples querellas domésticas".

Concretándonos en otro aspecto de su discurso, también destacó esa doble posibilidad que guardaba el entorno isleño: fuerza y debilidad. Consideraba que nuestro aislamiento, en cierta medida, nos hacía fuertes pero, a la vez, era un peligroso estado de absoluta incomunicación espiritual. Según él: "no nos podíamos resignar a seguir siendo un mesón, donde se descansa, se deja algo de la bolsa, pero nada del espíritu. Os encontraréis con un horizonte cerrado; el mar os estrecha y os entrega a vosotros mismos". Así, inculcaría su idea de que el mar debería ser siempre camino, nunca frontera.

Vio a Las Palmas, en estos momentos, como un pueblo en crisis de crecimiento, con todos los fenómenos que esto reporta consigo; un pueblo que empezaba a entrar en la pubertad civil y a adquirir conciencia colectiva pública de ciudadanía. La honda crisis económica por la que atraviesa la ve como

otro factor dominante en el desarrollo de nuestro pueblo. Las huelgas de los obreros, cargadores de carbón y carga blanca del puerto de La Luz, piensa que son positivas. Textualmente nos dice: "Estas huelgas podrán llegar a ser una sacudida en la conciencia pública y acaso eviten que esta hermosa ciudad española, henchida de promesas y esperanzas, llegue a ser una gran factoría mediatizada por unas cuantas casas extranjeras. El sabía que mientras estas existiesen y explotaran los recursos de España poco beneficio, para el auténtico progreso del país, se iba a conseguir.

Como punto final diremos que de su estancia en la isla llevóse, en cuanto a la amistad, grandes afectos. Este hecho quedaría reflejado en las siguientes palabras: "...traje afectos y dejé afectos allí, lo que bien vale un viaje".

Además, queda patente, por sus vivencias, que la geografía canaria con sus misterios y singulares características quedaría, como huella imborrable, grabada en la mente de este autor, al cual se le recordará, siempre, por esa fuerte y atormentada personalidad que él supo definir mejor que nadie: "Y sobre todo, ante todo, nada de vivir en paz con todo el mundo... no, no, no... No quiero vivir en paz, ni con los demás ni conmigo mismo...".

JOSE M.^º SANTANAGUERRA